

avaro gritaría hasta desgañitarse si por desgracia era sentido el Cura.

Ninguna de las dos era capaz de arredrar á este, que comenzó por sacar en cera el molde de la cerradura, y no tardó en hacerse conocido de la criada, á la que ofreció una pequeña gratificación porque le sirviera sin desatender á su antiguo amo.

LIX.

De cómo maduraba el Cura sus proyectos.

Ganar á la criada de Don Alejandro era fácil, y un ladrón vulgar no habría dejado de intentarlo; pero el Cura no gustaba de cómplices, y era preciso que se tratase de una empresa en que le fuesen absolutamente indispensables para que echara mano de ellos. Pensó mas bien en hacerla dejar el servicio de D. Alejandro el día en que él estuviera en disposición de obrar y se puso á trabajar en su famosa llave maestra.

Todas las noches observaba á D. Alejandro en su misteriosa operación, y ni una sola dejaba, cuando este se recojía y apagaba la luz, de probar si su llave le hacia á la cerradura; el trabajo era difícil; introducía la llave con un pedazo de cera

adherido y en ella se estampaban los obstáculos que para obrar bien habia que vencer. El Cura, con el cuidado que un relojero arregla y dispone la maquinaria de un reloj complicado, limaba y observaba su llave. Una noche, por fin, dió vuelta en la cerradura y los pasadores se corrieron.

A no haber sido por su prudencia y sangre fria habituales, el Cura se habria vendido dando un grito de júbilo. La puerta estaba abierta; el tesoro que ambicionaba á dos pasos de distancia; Don Alejandro dormido; no habia mas que tender la mano y lograr una fortuna cuantiosa sin tener que dividirla con persona alguna y sin miedo de que la justicia tomara cartas en el asunto; porque del último que se sospecharia seria de aquel hombre que de tan buena fama gozaba en el vecindario.

El Cura dió un paso en direccion del lugar adonde el avaro ocultaba su tesoro; todo se hallaba en un silencio profundo que interrumpia con un ruido semejante al de la péndula de un reloj la pesada y difícil respiracion del viejo. Si alguno hubiera escuchado atentamente, acaso habria oido tambien los latidos del corazon del Cura.

De pronto este se detuvo, se pasó la mano por la frente pareciendo reflexionar y se volvió á su cuarto.

Allí, sentado á orillas de su cama, despues de haber cerrado la puerta de comunicacion y puesto el ropero en su estado habitual, con la frente cubierta de sudor, y temblando como un chico á quien le van á sacar una muela, empezó á discurrir en lo que iba á hacer.

Esto parecerá tal vez inverosímil á mas de un lector, pero lo repetimos, el Cura no era hombre que se dejaba cortar las vueltas, y cuando intentaba un negocio era despues de pesar maduramente sus inconvenientes y sus ventajas.

—Nada mas fácil, se decia, que tomar ahora el saco de ese codicioso viejo sin que lo sienta la tierra; pero mañana, cuando vaya á hacerle su cotidiana visita, cuando vaya en busca de sus onzas de oro para pulirlas y contemplarlas, y no las encuentre, alborotará toda la casa y ¡quién sabe! cuando se vea que no hay señal alguna de fractura pueden sospechar de mí. Vale mas aguardar. Y se metió en su cama despues de desnudarse.

Al dia siguiente, cuando la criada de D. Alejandro le llevó, como de costumbre, el agua para que se lavara y el desayuno, entabló con ella la siguiente conversacion:

—¿Con que te vas, Simona?

—Yo, señor amo!—contestó la gallega con asombro—¿quién le ha dicho á usted semejante cosa?

—Vaya, hazte de las nuevas conmigo, mujer.

—Buenas nuevas te dé Dios, le digo á su merced que sabe mas que yo.

—Pues entónces querrá aumentar su servicio D. Alejandro.

—¡Quite usted allá, señorito! ¡aumentar su servicio! pues bueno es el demontre del ruin y del miserable para gastar ni una sed de agua; ni esto—llevándose la uña del dedo pulgar á los dientes—en otra criada.

—Pues hija, entónces te va á despedir, y lo siento mucho; sé que está en ajustes con otra muchacha.

—Cosa me ha dicho usted, señor amo; miren al arrastrado del viejo; ¿con que quiere darme el portante, eh? pues yo le diré ántes que busque; porque yo soy una moza honrada y no me ha de despedir así, como quiera; ¿adónde iré yo que con el trabajo de mis purísimos lomos y de mis realísimas

manos no encuentre en que ganarla y quien me pague mejor que el muy bellaco del D. Alejandro en puño? ¡Pues ya! Mire usted!

—Por Dios, Simona, no te alteres; pídele tus cuentas á D. Alejandro si quieres que no sea él quien te despida; pero cuidado con irle á decir que yo te conté nada; yo creí que era cosa tuya y que tú le habias dicho que buscara; si nó á buen seguro que te hubiera hecho la menor indicacion sobre el asunto; soy enemigo de meter zizaña y de mezclarme en los asuntos ajenos.

—Pierda cuidado, señor amo, que nada le diré á ese tacaño de lo que su merced me ha dicho; pero no quiero pasar por la vergüenza de que me despida despues de que le he servido tan de balde que si no fuera por lo que su merced me dá, no tendria yo ni un miserable manton que echarme encima cuando voy á la compra, bien lo sabe Dios.

Y la pobre Simona se echó á llorar.

El Cura se incorporó en su cama, tomó unas cuantas monedas de la bolsa de su chaleco que estaba colgado en el rodapié, y las entregó á Simona diciéndole:

—Toma, para miéntras encuentres destino.

—¡Ay, señor, que bueno es su merced!—contestó sollozando Simona—á fé que el D. Alejandro en puño, primero se dejaria desollar vivo que dar un cuarto; que yo supiera adonde tiene el dinero guardado; ya, ya, yo le contaria un cuento al muy zoquete.

—Anda con Dios, Simona, y no hables mal de tu prójimo.

—¡Mi prójimo, señor! lo será de un jumento con perdon sea dicho de su merced, que no puede ser cristiano hombre que tiene tan negras partidas.

—Cálmate, hija, cálmate, que Dios manda que suframos con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

—Súfralas su merced si quiere, que yo no las aguanto.

—Vete, Simona, vete, que yo me voy á levantar.

—Adios, señor amo; lástima que su merced no me necesite.

—No, ya sabes que no me gusta dar que hablar, y los hombres solos estamos siempre espuestos á la maledicencia; si yo tomara una criada los vecinos lo calificarian mal.

—Usted sí que es bueno, señor—contestó Simona—á fé que el otro; con tal que no le cueste, aunque digan y rajen.

—¡Vamos, Simona, que vuelves á murmurar!..... el Espíritu Santo, en el versículo décimo, capítulo noventa y cinco, nos dice que la murmuracion es obra de Satanás, del diablo; ¿lo entiendes?—dijo el Cura pudiendo apénas contener la risa al hacer tan atrevida citacion.

Simona le miró con asombro y salió fuera del cuarto no sin volver á dar las gracias al Cura por su generosa dádiva.

Luego que desapareció la criada, el Cura saltó ligeramete de la cama, se restregó las manos en señal de alegría y dijo:

—A la verdad no me ha costado gran trabajo.

Simona se despidió aquel mismo dia de D. Alejandro, que por un momento trató de detenerla, pero que reflexionando despues que la partida de Simona debia procurarle algunas economías, la dejó ir casi con placer.

El Cura continuaba haciendo su tocador y reflexionando sobre el asunto que traía entre manos.

—Ya está dado el primer paso—se decia—¿pero y despues?

Permaneció un momento silencioso y pensativo sin que se notara alteracion alguna en su semblante que de pronto pareció iluminado como por un rayo de luz.

—Vale mas así—dijo en voz alta como contestando á su propio pensamiento, y sonrió de una manera extraña.

LX.

Manos á la obra.

Era de noche y el viejo avaro se hallaba completamente solo en su habitacion. Simona le habia manifestado que se marchaba, y él ni siquiera trató de detenerla, contento por la nueva economía que le deparaba la suerte. Una vez sin criada ahorraba el salario que le daba, y aunque corto y mezquino este, D. Alejandro se decia que era mejor no gastarle. Recordaba haber leído en alguna parte ó haber oido contar que los sabios eran de opinion que solo el hombre que no necesitara servirse de nadie podia ser verdaderamente feliz, y se hacia la ilusion de que iba á realizar tan bello ideal.

Comenzó á convencerse de la exactitud de esa máxima filosófica arreglando su cama y picándose los dedos con los alfileres que sujetaban la sábana inferior al colchon. Le agradaba